

sorpresa la comunión del Papa y la condenación de Cipriano. Despidióle la Iglesia Romana con indignación, y no quiso oírle, esperando recibir de un instante á otro noticias del obispo de Cartago. Mas como Cipriano miraba con el mayor desprecio aquella trama tan mal urdida, no juzgó oportuno noticiarla á la Santa Sede. Insistian entretanto los cismáticos en sus pretensiones, echaban furiosas amenazas, y se gloriaban con una insultante audacia de que veinticinco obispos habian asistido á la ordenación de Fortunato: de manera que, cansado de tantos clamores el Papa, se quejó y con razon á San Cipriano de que nada le decia concerniente á aquella ordenación.

El obispo de Cartago contestó con tanta firmeza como respeto, que si se principiaba á temer á los perversos, y si estos esperaban por medio de las amenazas ponerse á cubierto de la indignación que merecian sus atentados, era concluir con el buen orden y con el santo régimen de la Iglesia; que él no necesitaba de justificación ni de defensa en favor de su propia ordenación despues de la elección unánime del pueblo y del clero y cuatro años de episcopado pasados en perfecta tranquilidad: que cuando un obispo querido de su rebaño, y blanco de los enemigos de la fé, hasta el extremo de ser amenazado con las fieras en público circo, se veia atacado por unos hombres arrojados de la Iglesia, no quedaba duda en que la persecucion dimanaba inmediatamente del agresor infernal, que perdiendo al piloto intentaba perder tambien la nave. Despues se queja de la apelación de aquellos cismáticos, que no eran mas que una porción de malvados, ya conocidos por sus desvarios, tanto en Italia como en Africa, y que procedian visiblemente de mala fé; tanto mas, quanto que no habiendo faltado requisito alguno á su

condenación, así respectó de la regularidad como de la publicidad, sus instancias merecian el nombre de rebeldía que de apelación. Partiendo despues de aquel principio, que con la posesion ha fundado el derecho seguido en la Iglesia Galicana, ó al menos invocado por una parte del clero francés, de no juzgar á los obispos en otra parte que en su misma patria (a), añade el santo prelado: «como queda establecido por todos nosotros no admitir apelaciones en punto de conducta y malversación, como asimismo que cada uno defendería su causa allí donde se hubiese cometido el delito, no debe tolerarse que aquellos que están bajo nuestro mando, corran por do quiera á sembrar la confusión y el escándalo, sino antes bien debe obligárseles á que se defiendan en los lugares en donde se hallan los acusadores y los testigos.»

Moderó estas divisiones intestinas la persecucion que volvió á encenderse. El emperador Decio murió de la manera mas funesta despues de un reinado de veinticuatro ó veinticinco meses no mas, á fines del cual redujo al último apuro á los bárbaros que infestaban el país del Danubio. Envió al general Galo con una parte del ejército para cogerlos á discreción cortándoles el paso del río, y con la otra se adelantó él para atacarlos y obligarlos á cuanto quisiera. Estaban los enemigos acampados á la otra parte de un pantano, en el que se entró inconsideradamente este príncipe, tan hábil y prudente por otra parte, y murió con su hijo en medio de sus victorias. A Galo le acusaron de inteligencia con los enemigos, y esta sospecha pareció convertirse

(a) Téngase empero en cuenta que esto debe entenderse de modo que no destruya el derecho de apelación al Romano Pontífice, como á Juez Soberano de todos los católicos, ora sean prelados, ora simples fieles, en materias eclesiásticas. (N. del E.)

en certidumbre cuando se vió al general proclamado emperador, y á su hijo Volusiano declarado César. A pesar de esto, Galo hizo los mayores esfuerzos para disculparse, casó con Volusiano la hija de Decio, y Hostiliano, hijo de aquel desgraciado príncipe, tuvo el título de Augusto, si bien murió poco despues, ó de peste, segun se dijo, ó por los artificios de su aparente bienhechor.

Los nuevos señores de Roma no fueron mas favorables al cristianismo que lo habia sido su antecesor; y siguieron de tal modo sus huellas en este punto, que se confunde no pocas veces la persecucion de Galo y Volusiano con la de Decio bajo el nombre comun de la sétima persecucion. Siguiéronse ó se aparentó seguir las preocupaciones vulgares, con motivo de la peste que desoló una gran parte del imperio: imputóse este azote á los cristianos, y se les quiso forzar á que sacrificasen en honor de los dioses para mitigar su cólera. El Papa San Cornelio fué el primer objeto de esta persecucion en Roma, en calidad de gefe de todos los fieles; pero al ver acometido al pastor, acudieron en tropas sus ovejas, lejos de dispersarse; y aun muchos de los que habian caído en el precedente reinado, vinieron á reparar aquel escándalo y confesaron intrépidamente la fé. Fué desterrado el santo Papa, despues de hacer una brillante confesion de su fé, juntamente con muchos individuos de su clero; pero los perseguidores, que nunca lo eran de los enemigos del catolicismo, dejaron tranquilo á Novaciano. Murió San Cornelio en su destierro en el mes de setiembre del año 252, habiendo ocupado la Santa Sede por espacio de quince ó diez y seis meses. Fué puesto en su lugar, y sufrió el martirio pocos meses despues, el sacerdote Lucio, uno de los confesores que con él habian sido desterrados. Empero una de las victimas mas ilus-

tres de esta persecucion fué el sacerdote Hipólito, partidario de Novato y de Novaciano, cuya fama de virtud rayaba hasta el punto de ser tenido por incapaz de errar en sentir de aquellos que no profundizaban las cosas, siendo ademas de esto respetable por su edad y por sus luces. El pueblo, á quien hacia tiempo enseñaba, siguióle en tropel cuando le llevaban al suplicio. Preguntáronle cuál era el camino de la verdad y de la salvación, y entonces esclamó en tono de profeta y como un hombre verdaderamente inspirado: «huid del infeliz Novato, y volved á la Iglesia Católica: en el momento mismo de tener que responder á la Verdad Increada, cae finalmente de mis ojos el velo, y siento el mas amargo arrepentimiento por lo que os enseñé en otro tiempo.» Lleváronlo á Ostia, en donde se hallaba el prefecto de Roma ocupado en la pesquisa de fieles; y habiendo llegado el confesor, apareció el prefecto sentado en su tribunal y rodeado de verdugos é instrumentos de muerte de todas clases. Veianse junto á él una multitud de cristianos, cuyo semblante macilento y exterior sucio y descompuesto, indicaban las incomodidades horrosas que por largo tiempo habian padecido en las prisiones. Mas todo este horrible aparato de suplicios no fué bastante para intimidar ni siquiera á uno solo de los fieles, y el desnaturalizado juez mandó que los matasen á todos de distintos modos. Cortaron la cabeza á los unos; otros fueron crucificados, y el mayor número fué hacinado en un navio todo podrido que echaron inmediatamente á pique.

Sin la menor conmocion veia Hipólito todo esto; é irritada de su heróico valor la muchedumbre pidió se le hiciese padecer un extraordinario suplicio, como que era el corifeo de los cristianos. El prefecto, oyendo le llamaban Hipólito, dijo: «trátesele como á aquel cuyo nombre tiene, aludien-

do á Hipólito, hijo de Teseo, tan celebrado por los poetas. Buscaron al punto dos indómitos caballos, unieronlos á la fuerza con un tirante, del cual dejaron colgando una cuerda larga, y á esta ataron por los pies al Santo anciano. Luego soltaron aquellos fogosos caballos despues de haberlos hostigado con repetidos golpes, y aun los espartaban sin cesar con sus gritos, para fomentar y estimular su natural ímpetu. Bien pronto el cuerpo del mártir quedó hecho trizas, y esparcidos por todas partes sus miembros; mas los fieles recogieron como pudieron todas aquellas preciosas reliquias, sin desperdiciar ni aun los pedazos de los vestidos y de las carnes que habian quedado pegadas á las zarzas, y empaparon esponjas en su sangre. Este Santo es diferente de otro San Hipólito, tambien mártir, pero obispo en el Oriente, sin que se sepa de qué silla.

Entretanto la peste, que los idólatras pretendian cortar sacrificando de este modo los cristianos, iba cundiendo por todas las provincias, y crecian sus estragos con una violencia y una tenacidad nunca vistas. Duró este azote diez años, y arrebató infinitamente mayor número de infieles, que cristianos habian perecido á impulsos de su ciega venganza. Lejos de temer el contagio los cristianos socorrian con heróica caridad, no solamente á sus hermanos, sino tambien á los mismos idólatras que les estaban persiguiendo con tanto encarnizamiento.

En Cartago señalaron los ministros de la Iglesia á cada uno de los fieles sus funciones particulares, para que suministrados con método los ausilios, fuesen mas eficaces. El ilustre Gregorio en Neocesarea del Ponto sacó partido del azote de la peste para la conversion de los paganos que quedaban. Habia principiado la enfermedad entre ellos, en una fiesta que celebraban en honor de sus falsas divinidades con una pompa y solemnidad extraordinarias. Prodigiosa

era la afluencia de los ciudadanos y pueblos cercanos; y como no cupiesen todos en el lugar destinado á los espectáculos, gritaron á una voz en el esceso de su loco entusiasmo pidiendo á los dioses ensanchasen el sitio. Súpolo San Gregorio, y penetrado de dolor, dijo que no tardarian en quedar mas anchos de lo que quisieran, y en el mismo instante se declaró la peste con tanta malignidad, que aquella innumerable multitud se vió atacada de ella casi toda á un mismo tiempo (1). No bastó ningun remedio humano á contener sus rápidos progresos; por todos los barrios de la ciudad reinaba la mas horrible desolacion: no solamente las casas particulares, sino tambien los edificios públicos y los templos estaban llenos de muertos y de moribundos, y las calles se veian obstruidas con ellos. Abandonados los enfermos á si mismos, y destituidos de todo socorro, salian de sus casas trémulos y tambaleándose para ir á las fuentes á mitigar los ardores que interiormente los consumian. Otros, habiendo perdido la esperanza de sanar, y temiendo no tanto la pérdida de un resto desdichado de vida, cuanto la privacion de sepultura, se iban arrastrando todavia vivos á los sepuleros para espirar en ellos, y en este duelo universal se veian ó creian ver entrar espectros en las casas, que iban siempre acompañados de la muerte.

Tantas y tan crueles circunstancias dieron al fin motivo para pensar que aquello podia ser un castigo del Dios de los cristianos, mas bien que de las divinidades del paganismo que tan destituidas de poder se mostraban. Al punto el pueblo idólatra corrió á buscar al obispo, cuya sola presencia habia arrojado la enfermedad de algunas casas en que él habia entrado, prometiénd-

(1) Gregor. Nyss. in vit. Thaum.

dole todos seguir el Evangelio si por sus oraciones conseguia libertarlos de tan horrorosa calamidad. Oró el Santo y los libró; y ellos cumplieron tan generalmente su palabra, que no habiendo hallado Gregorio sino diez y siete cristianos en la ciudad cuando le nombraron obispo, tuvo el consuelo de no dejar en ella mas que otro tanto número de idólatras, cuando murió, que fué á principios del imperio de Aureliano.

Los santos Padres, hablan de él como de un hombre prodigioso y singular aun entre los mismos Santos, comparable á los patriarcas mas esclarecidos, á los Apóstoles y á los Profetas, tanto por sus milagros cuanto por sus virtudes. Mas no se distinguia menos por su erudicion y claro ingenio. Su panegirico de Origenes es uno de los mejores trozos de elocuencia de la antigüedad elesiástica. Ademas de esta pieza y el símbolo que escribió, tenemos su carta canónica, dirigida á un obispo que le consultaba sobre los diversos grados de penitencia que el Santo distinguia ya desde entonces.

Con la peste desolaban el imperio en todas las partes del mundo las guerras sangrientas y las irrupciones de bárbaros. Entraron en Europa los godos, los borgoñones y los carpos; y en Asia los escitas y los persas. Penetraron estos últimos hasta Antioquía, y la tomaron y entregaron al saco. En Africa fueron asoladas muchas ciudades de Numidia por aquellos nómadas vagabundos que moraban en lo interior del país á donde nunca habia llegado el yugo romano. Se llevaron cautivos á muchos cristianos del uno y del otro sexo; y San Cipriano no pudo menos de estremecerse cuando supo el peligro en que estaban, principalmente las doncellas cristianas; asi que, de acuerdo con su pueblo, envió una cantidad muy considerable para rescatar aquellos cautivos.

Durante estas desgracias pasaban torpemente la vida Galo y su hijo Volusiano, dados enteramente á los placeres, encontrando mayor gusto y menor peligro en derramar la sangre cristiana que la de los enemigos del imperio. Emiliano, que comandaba el ejército de Panonia, marchó contra los godos, sin haber recibido ninguna orden, y los derrotó. Mas la victoria sirvió de cebo á su ambicion, y haciéndose proclamar emperador, se volvió en derechura á Italia. Galo, despreciado de todos, fué asesinado juntamente con su hijo por sus mismas tropas que al instante reconocieron á Emiliano. Entretanto Valeriano, á quien Galo habia enviado á las Galias para traer de allí las legiones con las de Germania, supo el atentado de Emiliano, y como tenia á sus órdenes fuerzas respetables, se hizo aclamar emperador y volvió á entrar en Italia. No estaba Emiliano menos dispuesto á defender el interés grande que le animaba, aunque no tenia tanta gente; mas sus soldados, que no tenian tan robusto motivo, compraron la paz á precio de su cabeza, y le degollaron á fines del mes de agosto del año 253.

Asi quedó Valeriano único señor del imperio, asociándose despues á su hijo Galieno. Era Valeriano muy estimado y querido de todos los buenos. Cuando el emperador Decio quiso restablecer el cargo de censor, y encargó al Senado eligiese el sugeto mas á propósito para una dignidad tan crítica, los senadores eligieron unánimemente á Valeriano, como el mas irreprochable de todos los ciudadanos. Empero pronto se conoció que las cualidades mas eminentes de los empleados subalternos no son siempre las que se requieren para el trono. El censor Valeriano no tenia para ser emperador ni suficiente grandeza de alma, ni bastante vigor en su carácter. Como era de natural recto y benéfico trató con la mayor

benignidad á los cristianos en el principio de su reinado, mas que ninguno de los emperadores precedentes; pues les conferia casi todos los empleos de confianza, y la mayor parte de las gentes de su casa seguia la doctrina del Evangelio. Aprovecharon los obispos este favor pasajero para las sólidas ventajas de la Iglesia.

No habia esperado este tiempo el de Cartago para condenar la ignorancia ó el temor sacrilego de los acuarios ó acuarianos, que por la mañana usaban solo del agua en el Santo Sacrificio, de miedo que el olor del vino les diese á conocer por cristianos; mas no eran tan escrupulosos en el sacrificio de la tarde, porque se acostumbraba entonces celebrar dos veces al dia, bien que el pueblo no solia acudir á esta segunda celebracion que era mucho menos solemne. Sin embargo, el santo Pastor hizo observar que no debía ofrecerse solo el vino, sino que era preciso mezclar un poco de agua en el cáliz, para denotar la union del pueblo fiel con Jesucristo. Y hablando como hablamos nosotros despues de la condenacion de los últimos sacramentarios, dice: «el sacerdote ofrece en la Iglesia un verdadero sacrificio, cuando imita á Jesucristo que ofreció el Sacrificio de su cuerpo y de su sangre á Dios su Padre.» El prelado se aplicó á la correccion de otros abusos á proporeion que la Iglesia fué recobrando su quietud.

Celebró en Cartago el tercer Concilio, al que asistieron sesenta y seis obispos; y en él se confirmó la prohibicion hecha ya á todo fiel de nombrar en el testamento por tutor ó curador á un clérigo, y se añadió la de celebrar los santos misterios en la muerte del que hubiese contravenido á esta sabia disposicion. Intentaron hacerse rehabilitar los obispos y sacerdotes que cayeron en la apostasia durante las persecuciones; pero hallaron la mas vigorosa oposicion,

singularmente Basilides y Marcial, obispos de Leon y Astorga (a). Determinóse asimis-

modum et aliis in O. habundans seorsim de similitudine aut notatibus solis y

(a) Marcial y Basilides, el primero obispo de Mérida, y el segundo de Leon y Astorga, turbaron por algun tiempo la paz de las Iglesias de España. Uno y otro eran reos de gravísimos delitos; por ellos fué depuesto Marcial y privado de su obispado, y Basilides, temiendo le sucediese otro tanto lo renunció voluntariamente; pero no tardó en arrepentirse de ello, y sorprendiendo al Sumo Pontífice San Esteban, logró mandase se le restableciera en su silla. Pero los prelados de España que le habian condenado por sus crímenes, y singularmente por haber sido del número de los libeláticos, acudieron á San Cipriano y demas obispos de Africa, para que apoyaran su sentencia; y efectivamente, en el Concilio cuarto de Cartago, de treinta y seis obispos á quienes presidió San Cipriano, se declaró que Basilides y Marcial habian sido justamente depuestos, y que las ordenaciones de Sabino y Félix, que habian sido colocados en su lugar, debian tenerse por válidas. Desecháronse asimismo las cartas que Basilides habia sacado obrepticionalmente del Papa San Esteban y que presentaba en dicho Concilio para ser absuelto; y San Cipriano lo reputaba todavia mas criminal por haber engañado al Sumo Pontífice. Esta célebre causa fué la que movió al gran primado de Africa á escribir su preciosísima carta á los obispos de España, que es la 67 (alias 68) entre las suyas. Opúsose tambien fuertemente á las pretensiones de Basilides Felix de Zaragoza, cuya conducta mereció los aplausos del citado Concilio, y el mismo San Cipriano alaba mucho sus escritos, lo cual hace sea mas sensible no hayan llegado hasta nosotros.

Rohrbacher, despues de referir lo ocurrido con Marcial y Basilides, añade: «No se sabe cuáles fueron las consecuencias de este negocio; y ni aun se sabe con exactitud cuál era el fondo mismo de él. Lo que acabamos de referir no es mas que la relacion hecha á S. Cipriano por una de las partes, los dos obispos instituidos en lugar de los depuestos. Si S. Esteban pudo ser engañado á causa de la distancia, como Cartago no está menos distante de Leon y Astorga que Roma; tambien S. Cipriano pudo ser engañado. Se concibe ademas muy bien que Basilides, condenado en España, se dirigiera á la fuente de la autoridad episcopal, á Roma; pues ya lo habian hecho otros antes que él. Pero ¿por qué Sabino y Felix, en vez de ir á Roma á desengañar al Papa con pruebas jurídicas, se van á Cartago? Quizá habia ya comenzado la disputa entre San Esteban y San Cipriano; y los dos querellantes quisieron aprovecharse de esta desavenencia. Quizá por esto tambien San Cipriano, en vez de informar al Papa, le trata de negligente escribiendo á un pueblo de fuera de Africa; que tambien son hombres los Santos.»

Asi Rohrbacher; pero el haberse acudido á Cartago puede muy bien explicarse de otro modo. Podria muy bien buscarse el apoyo del Concilio y del Hústre obispo de Cartago, para que de este modo apareciera mejor la injusticia de los obispos depuestos, y apareciera con mayor claridad la razon de los que los combatian, lo cual daba ademas mucha luz para que el Papa pudiese conocer mejor la verdad. Otro motivo de esta conducta alega don Fernando de Mendoza (in Conc. Illiber. lib. III, cap. 42), y es la falta de metropolitanos en España; porque, dice este autor, «si

mo que debia administrarse el bautismo á los niños, y la razon que se alegó para ello, y que establece claramente la doctrina del pecado original, es, que si se concede á los grandes pecadores la remision de sus culpas por medio del primer Sacramento, mucho mejor debe concederse esta gracia á un niño que únicamente pecó en Adan segun la carne.

Por su parte San Cipriano no ponía límites á su celo; escribió al Papa Esteban, sucesor de Lucio, que aunque habia diferentes pastores en la Iglesia de Dios, cuidaban no obstante á un solo y mismo rebaño, que debia serles universalmente amado, y que ninguno de ellos podia mostrarse indiferente á lo que los obispos de las Galias escribian de la iglesia de Arlés: que por lo tanto le pedia por el nombre de Jesucristo, de quien era Vicario, tomase las medidas mas eficaces para recoger y congregar las ovejas que el cisma habia dispersado, escomulgase á Marciano, su obispo, y nombrase otro en su lugar. Este Marciano, adicto á la secta novaciana, tuvo la crueldad de permitir que muriesen sin reconocíarlos con la Iglesia unos renegados sinceramente convertidos, que pedian con lágrimas volver á ser admitidos en el gremio de la Iglesia; y aun hacia alarde de haberse separado de la comunión de sus hermanos. Esta carta de un prelado extranjero causó la mas viva impresion; y unida á las peticiones de los obispos de la Galia, contuvo en ella los progresos del novacianismo. No se sabe precisamente lo que se determinó contra Marciano; pero como no se encuentra su nombre en los dipticos de la iglesia

hubiera este orden gerárquico en España, ¿cómo no ocurrieron, en la causa de los delitos de los obispos Basilides y Marcial, al metropolitano de la misma provincia, y buscaron en Africa al de Cartago, que era San Cipriano; pues sabemos que las causas de los obispos se han de llevar á los primados?»

(N. del E.)

de Arlés, se cree fué borrado de ellos á causa de su cisma.

Pero no fué de larga duracion esta buena inteligencia entre el Papa y el primado de Africa. Suscitóse entre los dos una viva y larga cuestion sobre el bautismo conferido por los hereges, cuestion que conmovió á toda la Iglesia. Cipriano pretendia que el bautismo recibido de mano de los sectarios no era válido, y que era necesario rebautizar al que volvía despues al gremio de la Iglesia. Era ya antiguo en Cartago el germen de este mal: ya Tertuliano habia desechado en su tiempo esta clase de bautismos, y Agripino, uno de los obispos predecesores de Cipriano, aunque se ignora de cierto en qué tiempo, habia derogado la costumbre de tener por válido el bautismo de los hereges que no alteraban la forma del Sacramento, y sustituyó la de rebautizar. Con todo, no parece que este método fuese estable y uniforme desde su pontificado hasta el de San Cipriano. Mas como el santo doctor hallase razones muy especiosas para no tener por válidos los Sacramentos administrados fuera de la Iglesia, juzgó que debia seguir en la práctica otro partido mas seguro. Y siendo la materia de la mayor importancia, y teniendo Cipriano contra sí la costumbre mas generalmente recibida, reunió los obispos de la provincia preconular de Africa, en número de treinta y uno: todos opinaron lo mismo que su cabeza, y se dió cuenta de ello al Papa, como igualmente de las razones que les movian á pensar de este modo. Causó vivo dolor al Soberano Pontífice esta determinacion; por lo cual el obispo de Cartago juntó otro Concilio de setenta y un obispos, entre los que se hallaban los de Numidia. Convocó posteriormente á todos los prelados de las tres provincias de Africa, esto es, de la Africa propiamente dicha, de la Numidia y de la Mauritania: se reunieron en número de ochenta